

PAPELES VIEJOS

(PIERRETTE)

*A la memoria del pintor
Joaquín García Fernández*

HA llegado la anécdota suprema. Y la noche de bohemia enternecedora. Fresca de elegancias marchitas. Con sabor morboso de piruetas artificiales. Hay de todo: sedas detrás de papel duro; lágrimas que bebe una careta de expresión dichosa.

Como en un teatro de marionetas, Pierrette ha asomado su cara prestada por entre los pliegues de un cortinón formidable: ¡Buenas noches! Y la borla crema del gorro—ser blanca hasta siempre—se ha muerto de risa pastosa en esa altura de las serpentinatas fugaces.

Con pasos de tontas—¡qué tontas, Dios mío!—, las tres máscaras se han reído que se doblan las gólas de una. Llegan a la expectación simpática y no común. Los zapatos, las medias, la geometría del traje desaparecido el tul... ¿Y los zapatos, memoria? ¿Arabescos, flor de lis, estrellas de la sopa, figuras de ojos cerrados? Y dos cosas muy monas—caprichos—encima. Ya está. Bien.

Cada media un color. Cada paso, cada mirada de muchacha que apoya la cabeza en el hombro, cincuenta Premios de Honor. En las mejillas, en la belleza nacarada y huidiza, el cabello forma bucles que interrogan la exquisitez lozana de su carne de monigote. Los ojos, color de violeta como los de la reina de Francia, no piensan en nada: sólo sueñan la ilusión de todo lo humanamente asequible.

Todo el baile era ella entre las medias—negro-crema—y sus ojos amables que giraban. Un bombón salió raudo de su estuche damasquinado y no pudo llegar a los labios. Se derritió en los dedos de fiebre. El gorro



oscilaba al ritmo de un charlestón inglés— 1926, «Seminola»— con estruendos de whisky en evaporación.

Pierrette y Bellas Artes—negro, crema, ¿blanco?, verde—. Pierden sus pasos. No los encuentran, después de tanta fatiga, con afán de palpitaciones. ¡Qué elogio más lindo, por los pasillos llenos de palabras sutiles, con embrujamientos enervantes de champagne! Un fogonazo, dos... El magnesio—la noche y el payaso femenino—se derrochan como el oro precursor de una explotación norteamericana. ¡Quietecitas! ¡Puff! Y los brazos de los disfraces se miran, hacen genuflexiones —¿estamos bien?— y, por último, languidece la sensibilidad en ese largo rato de los perfumes naturales.

Fumar, sin orientalismos y sin alfombras mágicas, un cigarrillo «Broadway», es demasiado agrio; pero uno «Quinta Avenida», con calefacción central y trofeos deportistas, cada espiral un paraíso sin símbolos, una libertad henchida y suprema al margen de las frutas ácidas.

Y la mente, en quieta admiración, recorría soporíficamente el cariño de sus piernas de colores, con una graciosa desigualdad, casi en el delirio de las drogas que mandara Antinea. Una cosa de no poder más, de hundir la cabeza en cualquier parte, de saturar la sed con bombones chafados—estupendos—que quedaban por los bolsillos. Embriagaba el fuerte olor a guinda. Picasso, casi en el retorno a Ingres, le hubiese sacado esencia para exponerla en la orilla izquierda, la más nostálgica y bonita. La vertiginosidad del ambiente no hizo vertiginosa la figura —ya— de satén y de cartón, ese pasto de ballet y de escenógrafos rusos de los tiempos de Alejandro Block, el poeta ebrio.

Fué el Premio de Honor más justo de la Historia. Por la humildad de su grandeza. Por toda la tontería de su disfraz con tropezones: tontería sin interrupción y tropezones abundantes. Por los andares bobos y la sonrisa pícaro exenta de malicia. Una figura de mazapán a través de la vitrina —cristal veneciano, plata de orfebres florentinos— iluminada fantásticamente como hall de hotel para extraños príncipes y millonarios jugadores de Montecarlo.

Y después de todo—qué tarde, Dios—, el gorrito, la cola, los zapatos, el traje, todo vacío, sin fuerzas, pero con el calor de la inteligencia y el gusto, con la melancolía de un año más al teatro de la vida, contemplan la dulce serenidad de su dueña, que descansa y duerme feliz...



La butaca, que recoge lánguidamente los suspiros de las prendas, exclama desde su imaginaria perenne: *C'est la vie, Pierrette.*

Fué una lástima que no la conociesen ni Matisse ni Braque, porque el impalpable polvo de oro de su sonrisa estaría hoy en el gran museo de las glorias soñadas.

